

Aureliano Cañadas

La Deule

O *rio de minha aldeia...*
Pessoa

El agua de los años gota a gota perdidos.

El agua de la ausencia en sus orillas:
el río de mi aldea nunca llegaba al mar.

Era, cuando llegaba, un espanto anunciado
por caracolas súbitas:
naranjos, bestias, rocas,
inútil protección contra la furia
de la corriente.

Pero otro río vino o fui yo quien llegó
amante hasta su lecho.

Aún fluye
lento, manso, continuo, en la memoria.

El agua de la dicha,
la Deule.

Miguel Jiménez Puertas

Grupo de Investigación «Toponimia, Historia y Arqueología
del Reino de Granada» (Universidad de Granada)

Las vegas granadinas y la arqueología: Reconstrucción histórica de un paisaje en vías de destrucción

Desde el punto de vista de los arqueólogos la investigación histórica sobre las vegas granadinas nos muestra dos lecturas muy diferentes. Por una parte observamos el objeto de estudio en su situación actual, tal como lo aprecia y valora nuestra sociedad, que está conduciendo a estos sistemas hidráulicos por el camino de su destrucción. Por otra parte los vemos en tanto que evidencia del pasado que nos permite reconstruir, al menos parcialmente, cómo fueron las sociedades que vivieron en estos territorios en otros tiempos. Estas dos lecturas, una más personal y otra más científica, serán las que brevemente mostraremos en este artículo.

Si el paisaje es el reflejo, aunque también el condicionante, de la actividad y de la ideología de los hombres, entonces una mirada a los espacios de regadío tradicionales puede ser muy ilustrativa de la actitud de la sociedad actual respecto

al valor que se otorga a la herencia de nuestros antepasados. A la vista de lo que nos encontramos, podríamos pensar que nuestra sociedad ha decidido emprender una huida hacia el futuro y para ello necesita arrasar todas las huellas del pasado, con excepción de algunos lujosos trofeos, algunos monumentos que nos recuerdan un pasado culto y poderoso del que poder enorgullecernos.

Podemos visitar las afueras de muchas de las poblaciones de la Vega de Granada para cerciorarnos de que hay un paisaje de riegos tradicionales que todavía hoy podemos entrever, pero mutilado u olvidado. Acequias rotas y secas, albercas convertidas en vertederos, molinos en ruinas o totalmente arrasados. Tuberías de plástico y reparaciones de cemento intentan, en muchos casos, alargar la irremediable agonía de los antiguos sistemas hidráulicos.



Alberca abandonada (o probablemente se trate de un aljibe) en las afueras de Granada, junto a la urbanización Parque Nueva Granada, en el antiguo pago de Cújar.

Molino en ruinas en las afueras de Calicasas



Este desprecio por lo que hoy nos resulta inútil, sin rendimiento económico o insuficientemente productivo, tiene una gran fuerza destructora. Se trata de un paisaje que parece haber sido

bombardeado con furia desde la modernidad. El resultado de una guerra, que lo ha aniquilado y despojado de todo su significado.

La explicación a esta realidad ha sido

magníficamente expuesta por el arqueólogo almeriense Lorenzo Cara Barrionuevo:

Siendo los constructores del paisaje, ni campesinos ni pastores han consolidado un patrimonio, una memoria evidente, reconocida, merecedora de aprecio. Indigno de ser conservado en una sociedad que valora solo las aportaciones excepcionales (los “monumentos”), su legado –tan aparentemente sencillo como el meticuloso sistema de riego o el elaborado aterrazamiento de las laderas-, nos es mostrado hoy como un esqueleto sin sustancia o la incomprendible adición de componentes y, por lo tanto, carente de sentido. Su huella histórica ha sido profunda pero no indeleble, intensa pero no inmutable; hoy tiende a desaparecer sin dejar el relato de su propia existencia, sin tan siquiera conocer su biografía. Es solo un espacio sin tiempo, repetido, pobre, antiguo, pasado al fin y al cabo, sobre cuyos restos poder entender y a su vez celebrar el subdesarrollo de los otros, mientras se convierte en solar, como la ineludible realidad espacial en la que radicar cualquier actividad humana¹.

En la actualidad la herencia del pasado, más que como algo propio y genuino, se ve como un obstáculo para el desarrollo urbanístico, industrial o comercial. Pero sin ese pasado inscrito en el territorio, nuestra identidad estará en entredicho, porque ¿que nos diferenciará de cualquier otro lugar?, ¿cómo comprenderemos nuestra propia historia?, es que acaso podemos hacer tabla rasa del pasado y permanecer indemnes, ¿a quién le interesa el olvido? Por todo ello, los regadíos tradicionales están en un momento crucial de su historia, con un futuro incierto debido a las nubes



Acequia en Nívar

negras que se ciernen sobre su presente, fundamentalmente la presión urbanística y la pérdida de rentabilidad de la agricultura tradicional. Sin duda es necesario un esfuerzo para adaptar este legado a nuestras necesidades actuales, pero desde el respeto y el conocimiento, y no desde la ignorancia y el interés económico de ciertos grupos. Interés pasajero desde la perspectiva del tiempo histórico, pero con probables efectos irreversibles.

Creemos que la mejor manera de evitar que terminemos creando un paisaje totalmente anodino, ahistórico, descontextualizado, es dar a conocer sus peculiaridades, explicarlo históricamente con rigor, con la esperanza de que

¹ L. Cara Barrionuevo, «Historia rural y medio-ambiente o por qué preservar el patrimonio cultural del campesinado», en J. Rivera Menéndez (coord.), *En busca de soluciones: conclusiones del Encuentro Medioambiental Almeriense*, Almería, 1999.

comprendamos el valor que tiene para entender nuestro pasado. La otra alternativa es clara, renunciar a estos paisajes tradicionales de regadío, sustituir las acequias, los árboles, las cosechas o las veredas, por baldíos de alquitrán y cemento, o transformar las infraestructuras hidráulicas, ocultando el agua por tubos de hormigón o de plástico, asfaltando vías y convirtiendo estas tierras en lugares técnicamente perfectos para desarrollar una supuesta agricultura rentable, pero desafectos, carentes de alma y pasado.

Tal vez ante esta postura se nos pueda acusar de simple añoranza de un paisaje, de un rechazo a la realidad de la constante transformación del medio ambiente, pero debemos negarnos a claudicar ante el hecho de que las periferias de nuestros pueblos y ciudades, donde se sitúan los regadíos, terminen siendo lugares donde el pasado o la historia no cuentan, uniformizados por el crecimiento urbano. En este sentido, como dice el arqueólogo granadino Antonio Malpica Cuello, la idea que se ha extendido en los últimos tiempos de que las transformaciones que se producen como resultado de las actividades del hombre sobre el medio han de tener siempre un efecto de degradación, no parece sino *«una buena manera de justificar la imparable destrucción a la que asistimos en los últimos tiempos, en los que se está llegado muy*



Noria abandonada junto al río Genazar, en Loja

*posiblemente a un punto sin retorno»*². Históricamente se conocen transformaciones sin degradación, como por ejemplo la implantación de los sistemas de regadío durante la Edad Media en al-Andalus, que supone la sustitución de un ecosistema (el secano mediterráneo) por otro nuevo, respecto a la cual en absoluto puede hablarse de degradación en términos medioambientales, ya que el regadío supone una diversificación y enriquecimiento de la realidad previa.

Afortunadamente, pese al oscuro panorama que hemos planteado, la sensibilidad de algunas personas está cambiando. El desarrollo del turismo rural contempla un respeto por ciertos elementos paisajísticos tradicionales, pero es necesario que dichos elementos sean valorados adecuadamente desde una perspectiva histórico-cultural y no queden como simple decorado que,

² A. Malpica Cuello, «Introducción», en *El agua en la agricultura de al-Andalus*, Barcelona, 1995, p. 17.

en el caso de carecer de interés económico o estético, pueda desaparecer.

Podemos concluir esta valoración sobre la situación actual de los regadíos tradicionales, vista su fragilidad ante las amenazas de destrucción o transformación, afirmando que el debate sobre su futuro no puede dilatarse y que es obligación de todos contribuir al mismo desde la perspectiva particular de cada uno. En este sentido, a continuación, analizaremos el tema desde uno de los muchos ángulos de visión posibles, en concreto desde el punto de vista histórico.

El objetivo fundamental de los arqueólogos es la reconstrucción de la historia de las sociedades pasadas a partir de las huellas que han perdurado y hay que decir, en este sentido, que los regadíos tienen una evidente manifestación espacial, por lo que sus restos son habituales, aunque con la particularidad de que, por su uso constante, su estructura material se ha visto sometida a cons-



Acequia entubada en el pago de Plines, en Loja



Vista de la antigua vega de Loja (Hoya del Higueral), en primer término (a la izquierda), la acequia de Frontil.

tantes reformas. Ello ha dificultado la datación de los sistemas hidráulicos, aunque ello no ha sido impedimento para el desarrollo de una rama de la arqueología enfocada al análisis de estas estructuras, la Arqueología Hidráulica, cuyos fundamentos en el caso de la España medieval debemos a Miquel Barceló, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Quizá lo primero que habría que hacer para situar las vegas tradicionales en su contexto histórico es romper falsos mitos. Uno de ellos es asociarlas a un concepto idílico de vergel, de paraíso. Como si nuestro objetivo fuera reconstruir (y recrearnos en) estos paraísos perdidos. A pesar de ser proveedores de productos agrícolas abundantes y diversificados, las vegas fueron muchas veces, más que paraísos, auténticos infiernos. Molineros que estafaban a los agricultores que llevan su trigo al molino, capataces y señoritos que contrataban a trabajadores por un jornal ridículo para recoger una cosecha... Algunas acequias, más que hermosos canales donde circulaba el agua cristalina, fueron en su momento verdaderas heridas abiertas en el tejido social y hoy debiéramos verlas como cicatrices de un pasado duro e injusto. No deberíamos confundir la nostalgia por un paisaje estéticamente bonito con una mirada ingenua a la sociedad que lo creó. Bajo la armonía de los elementos que forman una vega bien conservada subyace un mundo conflictivo.

Históricamente los regadíos son espacios conflictivos, generadores de muchos enfrentamientos por el agua, a veces violentos. Y esos conflictos necesitaron de la existencia de árbitros, integrantes del poder político, que garantizaran el funcionamiento del sistema, lo que, entre otras muchas realidades, servía para justificar la existencia del Estado y su aparato de poder. En este sentido, la arquitectura de las presas, acequias y molinos es uno de los contrafuertes de la arquitectura del poder, siendo ambas el resultado del trabajo de los campesinos. Pero los campesinos no son una realidad homogénea ni inmutable. Ni una

categoría que debamos identificar con bondad y esfuerzo. Es su posición en el escala del poder, su ubicación en los escalones inferiores de la cadena de poder, la que motiva nuestra visión actual, que puede oscilar, según la posición ideológica en la que nos situemos, entre la admiración (por sus logros en la adaptación a unos recursos limitados) y el desprecio (por su incultura y pobreza). Esta imagen puede ser el contrapunto de la visión sobre los grupos de poder, que igualmente puede oscilar entre la crítica a los abusos y la admiración por las construcciones cultas que promocionaron, monumentos supuestamente más dignos de perdurar a través de los tiempos.

Otro mito que debemos romper es el de los orígenes de los sistemas de regadío tradicionales. La pregunta sobre su origen se plantea no sólo entre historiadores y arqueólogos, sino también entre los propios usuarios de los sistemas, los labradores. Ellos, sobre todo los más ancianos sin una específica formación educativa, tienen claro que estos sistemas son muy antiguos, de toda la vida, obra de los “moros”. Ello solo significa, más que un conocimiento constatable, una transmisión oral a través de las generaciones de que cuando los “cristianos” arrebataron estas tierras a los “moros”, dichos sistemas ya existían. Pero hay otra explicación, incluso a nivel popular, que responde a una argumentación con más implicaciones ideológicas, que se basa en un rechazo a considerar a los musulmanes con capacidad para crear estos complejos sistemas, que deben por tanto corresponder a un pueblo con suficiente capacidad tecnológica para crearlos, los romanos en este caso. La síntesis entre ambas propuestas consiste en afirmar que los musulmanes reconstruyeron o ampliaron una red hidráulica ya creada por los romanos. Ha sido probablemente Miquel Barceló quien ha planteado con mayor rigor el trasfondo ideológico existente en la cuestión sobre los orígenes de los regadíos, afirmando que se trata de una polémica estéril tal como se ha venido planteando.

En esta línea de los orígenes, otro planteamiento que nos toca romper a los historiadores es el de atemporalidad. Las vegas son el resultado de un momento histórico, una construcción social, no el producto de unas características geográficas determinantes. La creación de un sistema de regadío no es el resultado necesario y obligatorio de unas específicas condiciones ambientales y climáticas, que en realidad sólo ofrecen una posibilidad, sino que es el resultado de la opción de una determinada sociedad o grupo social. Por ejemplo, en el territorio granadino el desarrollo de la agricultura de regadío a gran escala tuvo lugar en la Edad Media, no por una cuestión de superioridad tecnológica del mundo andalusí respecto al romano, sino por un concreto contexto social, económico, político y cultural.

Para finalizar con estas advertencias preliminares, hay que decir que la lógica social que conduce a la generalización de los sistemas hidráulicos no es sólo una lógica cultural, vinculada a una civilización, a sus gustos o modas. Inciden también, como hemos dicho, factores económicos y políticos, condicionantes geográficos e históricos. Asociar la generalización de la agricultura de regadío con una opción cultural de los árabes o musulmanes, supuestamente admiradores del agua y los vergeles, es una visión demasiado limitada de la complejidad de factores que influyen en la dinámica histórica. Sin duda los aspectos culturales tienen mucho peso en la toma de decisiones individuales y colectivas, y en este sentido la presencia de inmigrantes árabes y beréberes a partir del siglo VIII en la Península Ibérica fue importante en el inicio del desarrollo de los sistemas de regadío. Pero este supuesto rasgo cultural que favorece la agricultura irrigada entre la población musulmana que se instala en al-Andalus no es sino una opción social desarrollada en sus territorios de origen y que se exporta a las nuevas regiones en las

que estos grupos se instalan. Conocer el porqué de esta opción es una tarea más difícil que la simple asunción de que se trata de una cuestión cultural.

Tras estos planteamientos, quisiera trazar brevemente la evolución histórica de los sistemas hidráulicos durante la Edad Media en el territorio granadino, según las investigaciones que venimos realizando y que muestran un desarrollo desigual a nivel geográfico y cuyos condicionantes sociales y económicos cambiaron con el tiempo.

El inicio de las infraestructuras de regadío, en los siglos VIII y IX, debió ser a pequeña escala, a nivel de propiedades, por ejemplo a través de norias, como las evidenciadas a partir de los arcaduces documentados en las excavaciones de Madinat Ilbira (Atarfe) y que podrían datarse en el siglo IX. Ello permitía compaginar este tipo de agricultura con otro tipo de usos agrarios y ganaderos más extensivos, respetando los derechos previos de la población de origen hispano (mozárabes). Las fuentes escritas también nos ilustran en algún caso la aparición de estos pequeños sistemas asociados a una iniciativa individual o familiar, como es la referencia al *cadí de Ilbira, al-Asba b. Ya far al-Ilbiri, que compró una finca en la que se estableció, en Turrallyas (probablemente el actual cortijo de Turillas, en Íllora), para llevar una vida de retiro y en la que hizo brotar agua, siendo visitado allí por el emir Hisam I (788-796)*³.

Pero el verdadero desarrollo agrario de la Vega está vinculado a la creación de medianos y grandes sistemas de regadío, vinculados a una sola alquería o compartidos por varias, cuyas aguas son gestionadas de forma comunitaria y no son objeto de compraventa, sino que están vinculadas a la tierra. Estos sistemas los encontramos tanto en la zona llana (Acequia Mayor del Genil –hoy Arabuleila–, que regaba las alquerías de Armilla, Churriana y Cúllar) como en las laderas montañosas (Acequia de la Canal en Cogollos,

³ «Ibn Yudi, Sa'īd», en *Biblioteca de al-Andalus*, ed. y dir. Jorge LIROLA DELGADO, Almería, 2009, vol. 6, pp. 160-161.

Acequia de la Fuente del Cerezo en Nívar, Acequia de la Fuente Chica en Alfacar, etc.). Esta organización de los riegos tuvo una amplia extensión y perduró en los siglos posteriores. Así, por ejemplo, en el apeo de Cogollos del siglo XVI se dice: «*que no saven que morisco ninguno, vecino de este lugar ni de otra parte, tuviese agua alguna de propiedad de las dichas dos acequias porque todo era concexil*»⁴; mientras que en el de Nívar leemos: «*que la dicha agua es concejil deste lugar todos los días y las noches... y que ningún vecino de este lugar ni de otra parte, morisco, ni cristiano viejo no tenía ninguna parte en la dicha agua ni tiene*»⁵.

Sin embargo, a partir del siglo XI, el impacto del crecimiento de la ciudad de Granada introduce nuevos elementos que explican la expansión de los regadíos según nuevas formas de organización. Hay que recordar que Granada, que pudo alcanzar 30.000 habitantes en el siglo XIII y unos 45.000 en el siglo XV, se convirtió en una de las urbes más populosas de Europa en su época. El desarrollo del regadío en esta época parece que se realizó fundamentalmente a partir de sistemas en los que el agua se vende, normalmente en relación con bienes habices (de beneficencia o destinados al mantenimiento de infraestructuras públicas), como es el caso de los vinculados a la conservación de la murallas (Acequia de la Fuente Grande de Alfacar –Aynadamar–, del siglo XI) o al mantenimiento de la Madraza (derivación de la Acequia de la Fuente del Cerezo de Nívar, del siglo XIV, hacia el pago de Mocatea, al norte de Granada), aunque en

otros casos desconocemos quienes tomaron la iniciativa y a quién correspondían los beneficios (Acequia de Albolote, Acequia del Jaque). Exceptuando el caso de Aynadamar, en los restantes observamos que el objetivo de los sistemas hidráulicos es extender la irrigación por espacios llanos a partir de una parte del caudal de otros sistemas ya organizados, o bien con aguas sobrantes, con lo que la aportación es muy escasa en verano, pero suficiente en primavera para asegurar las cosechas de cereales de invierno (trigo, cebada). Esta circunstancia la ponemos en relación con la necesidad de abastecimiento de una ciudad como Granada, dado que estos campos suelen situarse próximos a la ciudad. Por tanto, hay una tendencia a que las comunidades de las alquerías pierdan la capacidad para controlar los nuevos espacios irrigados, aunque mantienen sus aprovechamientos anteriores.

En definitiva, la investigación histórica y arqueológica nos está permitiendo desentrañar poco a poco la formación del complejo conjunto de sistemas de regadío que forman la Vega de Granada (entendida en un sentido amplio), que fue el resultado de los distintos contextos sociales, económicos, políticos y culturales que se sucedieron entre los siglos VIII y XV. Este conocimiento histórico y arqueológico debería ser tenido en cuenta antes de tomar decisiones sobre el futuro de estos espacios, algunas tan drásticas como su destrucción, que nos privarían, sin ni siquiera una reflexión previa, de una herencia del pasado a la que todos tenemos derecho.

Discurso del agua agua

Oyes la canción del agua que mana de la fuente y sigue tras el recodo trazado por los sueños en trayecto.

Suena ligera y golpea el latido que imperioso urge al corazón vibrante con la melodía de su contacto.

Sumérgete en su espacio que se ofrece a tu labios y a tu cuerpo desnudo y cobija en su regazo tus miembros ya ligeros, en levedad undosa.

Déjate llevar por la sonora lira del goteo incesante que chorrea en los poros de la piedra de mármol y el musgo verdecido en superficie.

En la alberca reflejaste tu rostro y cautivaste los ojos que vieron tu belleza dispuesta para el baño. Si haces memoria en su luciente espejo y en el cristal resuelves el enigma que acecha con vigor su gracia pura, contemplarás en él cuanto en origen fuiste: sueño mortal en barro amante.

4 Alfonso Moreno Gómez, Apeo de Cogollos Vega, Cogollos Vega (Granada), 1986, p. 41.

5 María Dolores Guerrero Lafuente, *Nívar. Noticias y documentos para su historia*, Nívar (Granada), 1986, p. 42.